

DE BUENA PRESENCIA, SIMPÁTICO Y COMPLETAMENTE DESPREOCUPADO

POR ABELARDO SÁNCHEZ LEÓN

Zonas industriales, negocios cercados por muros de ladrillos, techos de calamina, avenidas largas y bien iluminadas: allí está estacionado su auto. Conoce de memoria el trayecto más corto entre su residencia y su fábrica. Los baches, los semáforos. En invierno la neblina no le oprime el pecho, tampoco lo alegra la primavera ni el sol; la garúa equivale al temor de que le roben el limpiaparabrisas.

Se levanta a buena hora, desayuna ligero, se despidе rápidamente de su mujer y en la cabeza se alterna el olvido a sus hijos con las cuentas en el banco, las inversiones, los préstamos. En segunda respira con alivio: por el retrovisor contempla un tajo en la barbilla, se arregla el nudo, el atisbo de calvicie. Mujeres, dinero y trabajo, sus vicios preferidos. La loción, por el momento, impide que surja el sudor; el sudor le atrae, detesta a los perezosos, a los comunistas y a los soñadores. El mundo debe andar como el tren sobre el riel, esa es su filosofía, la única, y de la cual se jacta. Con humor, añade: también nosotros pensamos, tenemos ideas. A pesar de cierta tendencia a la gordura es joven y esto lo reconforta y le otorga aplomo y confianza. Son los primeros años, los más duros, pero los mejores. A esa edad el mundo brilla, ofrece sus encantos, guarda aún secretos. Luego, como decía su padre, va hundiéndose en las aguas del pantano. Me enseñó desde muy temprano sus maldades y colocó sobre el escritorio sus armas. Todas poseen un fin, y su uso, de acuerdo con la habilidad, es provechoso. Altrénalas, no los escatimes, ejércitalas. El hombre, como el demonio, posee varias caras. Para cada una existe un arma. No confíes.

Mi padre detestaba la inocencia, le era antipática y falsa: es la peor mentira de la humanidad, la más vil y cobarde. Insistía en que los niños saben lo que saben los adultos pero desconfían de su fortaleza física.

Desde muy joven me enseñó a no ser hipócrita, a escoger el camino, el único, el correcto: los demás son como vagones abandonados, decía, como locomotoras gastadas, todos terminan haciendo, luchando, viviendo por lo mismo, es mejor que empieces temprano que tarde, hoy y no mañana.

Le gustaba recordar las frases de su padre. Lo hacía rejuvenecer, ser el niño que escuchaba, el joven que aprendía, el adulto que hizo lo correcto. Mi padre fue mi único libro, decía risueño: leía poco, muy poco, casi releía. Renovarse es acercarse a la muerte, esa era su otra idea. Quien cambia es porque teme o es débil. Quien se conserva, porque es fuerte y valiente. El mundo es uno y las ideas pocas, quizá por eso fue silencioso como las tardes en el escritorio. Con los años se acostumbró a vivir a oscuras. Le gustaba distinguir las pisadas de los criados. Yo lo confundía con mi voz: hay que hablar poco, la voz es desagradable. Detestaba por igual a políticos y filósofos; son farsantes, gruñía, mezquinos. Nunca explicó sus frases; agitaba las manos como alejándose de ellos, de todos, hasta de mí.

Pensamientos, pensó, qué absurdo; los elaboraba como parte imprescindible de su herencia igual a una araña inconsciente y natural. Absurdo, repitió colocando la tercera. Avanzaba veloz, la autopista estaba despejada, era la mejor hora, la hora sin congestiones, sin esos imbéciles que se te cruzan; sólo aquellas sombras que empezaban a surgir por las bocacalles — vastos terrenales de pus y sangre alterarían luego la coherencia de su mar sin mareas. Por la ventanilla ingresaba el fresco de la mañana, aún sin contaminaciones y escalofríos; recuerdos, pensamientos, se acomodó en el asiento sin aminorar la velocidad. Iba en cuarta.

